

# Mercado laboral: Un sofisticado viaje por las rutas de la violencia

Adriana Núñez\*

El presente ensayo se realiza en el marco del proyecto de investigación: *Estudios comparados sobre género. Educación, Trabajo y violencia entre hombres y mujeres*, auspiciado por Conacty y Universidad Autónoma Metropolitana. Éste tiene como objetivo indagar en las diferentes formas de violencia que viven los universitarios, para dar alternativas que ayuden a solucionar este problema dentro y fuera de nuestra institución. En esta ocasión se analizarán las condiciones del mercado laboral que enfrentarán los profesionistas en Ciencias Sociales, particularmente los egresados de la Licenciatura en Sociología. Se trata de observar la correspondencia entre las necesidades y expectativas de los estudiantes con las tendencias y oportunidades que brinda el mercado de trabajo en México.

**E**n un contexto competitivo heredado de las políticas neoliberales implementadas en todo el mundo desde hace varias décadas, vienen desdibujando el futuro que prometía la educación universitaria como sinónimo de ascenso social y de bienestar. En la actualidad esta falta de oportunidades y el incipiente nivel educativo nacional refleja una clara tendencia a la desolación y la desigualdad social.

Sumado a esto, el estrecho mercado laboral promovido por los empresarios y las nuevas tendencias del mercado, aniquila toda posibilidad de competición igualitaria dejando a

la mayoría de los mexicanos en una situación de degradación personal al no ver cumplidas las expectativas. Condición de crisis social que refleja la insatisfacción, dependencia y una serie de sentimientos colectivos que, cada vez más, orillan a adolescentes y jóvenes a ingresar a las filas de la delincuencia organizada y callejera.

La recopilación de la información se llevó a cabo durante el segundo trimestre del presente año en la Unidad Iztapalapa, se utilizó un instrumento cualitativo que tiene como objetivo indagar en los diferentes contextos del estudiante. Los referentes teórico-conceptuales que requeriré exponer deberán contemplar, al menos: a) Cuestiones referidas a la violencia social y capital cultural, b) Neolibe-

ralismo en México y su impacto en el del mercado laboral c) El mercado de trabajo y las expectativas de los egresados de la licenciatura en Sociología de la UAM-Iztapalapa.

## **Violencia social: Una realidad permanente**

En la actualidad se habla mucho sobre violencia, desde la ejercida contra las mujeres, el narcotráfico, las guerras, en fin, es un tema recurrente en nuestra cotidianidad; sin embargo, poco se habla sobre qué la origina. Las versiones oficiales versan sobre la responsabilidad del individuo con su entorno, sus formas de conducta, la falta de valores, así como el cambio de viejos paradigmas alienta el caos y

\* Investigadora del proyecto: *Estudios comparados sobre género. Educación, Trabajo y violencia entre hombres y mujeres*. Conacty/UAM-I.

la desconfianza, es decir que constituye la causa de todo tipo de actos violentos.

Pero ¿realmente será culpa de los individuos? Como estudiosos de la ciencias sociales sabemos que no es del todo cierto, que los factores que llevan a actuar a un individuo son varios, la dialéctica que existe entre éste y la masa son parte fundamental de la construcción social de la realidad.

La convivencia social nos imprime una serie de conductas y valores aceptados por sus miembros, normas morales y jurídicas que debemos seguir, que forman parte de un entramado de expectativas que se espera el individuo cumpla cabalmente. A este conglomerado de prácticas, saberes, tradiciones y símbolos se le conoce como *Cultura*, por tanto, “es la organización social del sentido, interiorizado de modos relativamente estables por los sujetos en forma de esquemas o representaciones compartidas y objetivando en formas simbólicas, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados” (Giménez, 2007: 56-57).

Esta organización social es interiorizada por los individuos haciéndose participe de ella, respetándola y haciendo que se respete, pero este *deber ser* es una imposición cultural, en palabras de Bourdieu, una *arbitrariedad cultural*, ya que se encuentra lejos de todo estado natural y se impone por otras generaciones sin que el individuo pueda reflexionar sobre ella. Cabe mencionar que si bien es cierta la carga arbitraria de la conducta, también provee de elementos materiales y simbólicos que ayudarán al individuo a conducirse por la vida y a convivir con los demás. A esto se le conoce como *Identidad*, la cual se define como: “un proceso subjetivo (y frecuentemente autorreflexivo) por el que los sujetos definen sus diferencias de otros sujetos (y de su entorno social) mediante la autoasignación de un repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo” (Giménez, 2007: 61).

No se trata de otra cosa más que de distinguir el doble carácter de la cultura. Por una parte, el carácter indulgente a partir del sentimiento de pertenencia que el individuo desarrolla por el solo hecho de pertenecer a una cultura, esto le confiere certidumbre, certeza y seguridad en de sus propios actos y un objetivo, el *deber ser* que exige la sociedad mediante la cultura (Montesinos, 2007: 73). Por otra, el carácter coercitivo, esto alude al carácter represivo de la cultura sobre los impulsos animales y, por tanto, violentos de la naturaleza humana, es decir, Naturaleza vs. Cultura, en la lógica de Freud.

Indudablemente, enfatizando el carácter coercitivo, tenemos las interpretaciones que nos hereda el marxismo

referentes a la ideología dominante, que en el terreno de la sociología de la cultura irrumpiría como la parte del conjunto de ideas que dan forma al imaginario colectivo, mismo que acredita el orden establecido, el orden socialmente reconocido como válido y, por tanto, exigible para todos.

La sociedad, en la misma génesis de su cultura, implica estructuras de poder, ya que hay quienes lo detentan y quienes se someten a ella: los actores que dictan las formas de conducta aceptadas como válidas y aquéllos que se someten al orden establecido en calidad de dominados. Esta dominación se legitima por medio de la violencia socialmente aceptada que descansa en el monopolio que ejerce el Estado sobre ella, esto es, el ejercicio del poder que en palabras de Weber es “cualquier forma de imposición de la voluntad de una persona sobre otra, incluso contra la oposición de la otra” (Weber, 2007: 18).

La relación entre el poder y la dominación legitiman el conjunto de creencias, intereses materiales, ordenamiento jurídico y costumbres arraigadas, que permiten la reproducción de un orden establecido, un *status quo* que garantiza la posición de los que detentan el poder.

La dominación presume obediencia, falta de conciencia de las personas con respecto al orden establecido como si fuera un consenso, ignorando que en realidad lo hacen obedeciendo la voluntad de unos u otros.

Para lograr la obediencia existe infinidad de mecanismos; sin embargo, los el Estado tiene la función primordial de asegurar la convivencia pacífica, por lo cual se sirve de otros dispositivos, tales como la ideología, que aparece por medios materiales y simbólicos que dan vida a una serie de ideas y creencias sobre la realidad social, sobre el pasado, el presente y, sobre todo, un *deber ser*. El cual se impone a los otros como una forma racionalizada de lo social, el Estado la hace cumplir por medio de la *dominación*: “Por dominación debe entenderse la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas” (Weber, 1944: 43)

Otra de las formas de interpretación de la cultura es la aportada por Bourdieu, la cual nos adentra sobre los diferentes lugares donde se desenvuelve el individuo, en la implicación con los otros y con la estructura:

El campo social se entiende así como una construcción analítica mediante la que designar un conjunto específico y sistémico de relaciones sociales; es decir, se trata de una especie de sistema, definible sólo históricamente, que permite trasladar al análisis social a la dinámica de relaciones que se desarrollan en la práctica (Bourdieu, 2000: 15).

[...] el sistema de disposiciones que es a su vez producto de la práctica y principio, esquema o matriz generadora de prácticas, de las percepciones, apreciaciones y acciones de los agentes (Bourdieu, 2000:25).

Lo anterior explica de manera más puntual el significado de la cultura: *designación de un conjunto específico de relaciones sociales; esquema o matriz generadora de prácticas*, el entramado de conocimientos objetivos y subjetivos que se desarrollan en un espacio y tiempo determinado.

De aquí que el concepto de *habitus* aporta la construcción subjetiva del sujeto como ente que vive y reproduce dentro de un *campus*:

[...] *habitus* como sistema de disposiciones, incluyendo un amplio aspecto de factores cognitivos y afectivos [...] Son producto de las estructuras del entorno físico y afectivo, de la familia y la escuela, de las condiciones materiales de existencia y de clase (estructuras estructuradas) y, a su vez, son el principio que organiza todas las percepciones y actuaciones de los agentes que contribuyen a formar el entorno, de manera que condicionan, determinan u orientan las prácticas de los agentes de acuerdo con ese esquema (estructuras estructuradas)” (Bourdieu, 2000: 26).

Es el proceso de socialización que asigna valores y conductas al individuo, la familia, el ambiente vecinal, la escuela, tienen como principal objetivo transmitir las formas socialmente aceptadas de convivencia, las cuales introyectarán como parte de su personalidad por medio de hábitos y repeticiones prácticas en un *campus* específico que le permitirá legitimar su pertenencia.

El *habitus* es parte de la conducta (“modo de conducir la vida”) del individuo, traducida de maneras corporales (*hexis*) como de actitudes o apreciaciones morales (*ethos*) (Bourdieu, 2000: 28).

De esta manera, el individuo repite en su cotidianidad el *status quo*, la ideología dominante que lo dota de identidad y de obligaciones frente a él, la sutileza de esta dominación es casi imperceptible, pues es aceptada y reconocida por oprimido; esto, evidentemente, favorece a quienes ejercen el poder: “El poder simbólico es en efecto este poder invisible que sólo puede ejercerse con la complicidad de quienes no quieren saber que lo sufren o que incluso lo ejercen” (Bourdieu 2000:88).

El propio proceso civilizatorio y socializador supone la eliminación de la violencia física y el paso a una violencia simbólica, tan sofisticada que puede prescindir de fuerza

física. Del tal forma que el imaginario colectivo pueda privilegiar como posible *campus* donde se dificulta el ejercicio de cualquier tipo de violencia.

En esa misma razón, Bourdieu agrega:

El poder simbólico se ejerce cuando no se ven a primera vista las relaciones de fuerza. Es decir, cuando ha mandado al exilio otras maneras de ejercer el poder y es ejercido en todos los lugares del cuerpo social, permitiendo que los poderosos mantengan ese poder y los dominados no aspiren a obtenerlo (Bourdieu, 2000: 131).

Lo anteriormente expuesto se puede apreciar claramente en el terreno económico, esta forma de dominación sutil de la estructuración social, dividida en clases que comparten formas identitarias de percibir el mundo, dependiendo el lugar que ocupen en la misma. La interpretación marxista sobre la estructuración y la división de clases nos ayuda a entender las repercusiones subjetivas provocadas por la ideología y el modelo económico que impera.

Las clases sociales para el marxismo están definidas por las relaciones de producción, es decir, por la forma en que los hombres producen mercancías. En el seno de las relaciones de producción, el papel que ocupa cada individuo está determinado por la división social del trabajo, es decir, aquéllos que desarrollan una misma actividad, y por tanto están sometidos a idénticas condiciones, comparten formas de vida, intereses y cultura, lo que permite comprender la identidad derivada de la pertenencia a una clase social. Las clases sociales se determinan por el lugar que ocupan en el proceso de producción de la riqueza. Unos la producen y otros se apropian de una porción de la misma.

El estado y las empresas están obligados a la reproducción de la fuerza de trabajo, por medio del salario, el cual representa sólo una porción del valor producido y debe ser suficiente para alojarse, alimentarse, recrearse e instruirse.

Es esa lógica se hace comprensible la propuesta de Bourdieu y Loïc al denominar que capital social

[...]es la suma de los recursos, actuales o potenciales, correspondientes a un individuo o grupo en virtud de que éstos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados, esto es la suma de los capitales y poderes que semejante red permite movilizar. Hay que admitir que el capital puede revestir una diversidad de formas, si se quiere explicar la estructura y dinámica de las sociedades diferenciadas (Bourdieu y Loïc, 1995: 82).

Sin embargo, las condiciones actuales no permiten la reproducción de las clases, ni siquiera alcanzar los objetivos de la ideología capitalista:

Las sociedades tradicionales al asignar a cada uno derechos y obligaciones concretos y competencias y límites específicos reduce las posibilidades del enfrentamiento. La sociedad igualitaria y liberal, en cambio, al permitir que todos tengan las mismas ambiciones, deja el campo libre a la rivalidad en pos de los mismos honores, placeres, bienes y servicios. La voluntad de triunfar sobre los demás se ve favorecida de ponerse a la altura de los demás. Todo lo que uno desea, diplomas, automóviles, pareja, honores, todo lo que pueda conferir una distinción, los otros lo desean. En efecto, para el individuo únicamente tiene valor lo que tiene a los ojos del mundo, el mundo al que pertenece y cuya apariencia comparte. El objeto de deseo es en potencia, objeto de rivalidad; necesariamente se hace escaso desde el momento que puede manifestarse la rivalidad, y es por eso que la economía de mercado produce simultáneamente riqueza y carencias, (Hirsh, 1978). El antagonismo y el resentimiento se desembocan en el momento mismo en que se habla de igualdad, libertad y fraternidad. Para ésta última es necesario que los hermanos no sean también seres iguales en libertad de envidiarse el uno al otro (Pestieau: 1992, 192).

Esto se traduce en el terreno de la violencia social y por tanto simbólica, en la cual los actores son sometidos: “la violencia simbólica como una forma de violencia social en el mismo momento en que la decencia del modo de imposiciones más ‘autoritario’ y la renuncia de las técnicas más brutales de coerción en la moralización de la historia por las solas virtudes del progreso técnico y del desarrollo económico” (Bourdieu y Passeron, 1977: 38). La conformación de su subjetividad y la apropiación de los diferentes *campus* se ve cuartada por una marcada falta de oportunidades, así como el peso cultural aprendido desde el seno familiar, recordemos que la procedencia marcará una serie de hábitos, expectativas y formas de consumo ligados a una clase, que pretenden ser superados por medio de la instrucción; sin embargo, la propia escuela reproduce el *status quo*.

Cada enseñanza institucionalizada debe sus características específicas de su estructura y de su funcionamiento al hecho que debe producir y reproducir; a través de los medios propios de la institución, las condiciones institucionales cuya presencia y persistencia son necesarias tanto para el ejercicio de sus funciones propias como para [...] la re-

producción de su arbitrariedad cultural cuya reproducción contribuye a la relación de las relaciones entre los grupos y las clases (Bourdieu y Passeron, 1977: 27).

La importancia y el valor del trabajo no consisten en que permiten ganarse la vida, sino que también permite a las personas participar en la sociedad, sentir que tienen algo que aportar. El trabajo que no dota al individuo del sentimiento de su propio mérito es menos probable que desarrolle un compromiso hacia la sociedad. Las nuevas tendencias del mercado marcan una aceleración a la precariedad en el trabajo y la individualidad, sumado a esto la apertura comercial, las competencias y la flexibilidad implantadas en un país como el nuestro donde la educación es insuficiente y precaria, deja un estrecho campo de labor, pues la población no está en posibilidades de competir con los grandes monopolios.

La estructura parte de las ideas liberales del mercado pero cuarta toda posibilidad de acceso a ellas, por lo cual genera un sentimiento de alineación colectivo, atribuido a la falta de oportunidades, de empleos bien remunerados que permitan una reproducción satisfactoria y de un mejor porvenir que contribuya a la estima de sí mismo. Esto, sin duda, es generado por la violencia simbólica estructural, principio de todas las violencias en boga.

## El neoliberalismo en México y su impacto en el mercado de trabajo

El sistema político mexicano que se define a partir de la creación de un partido hegemónico, 1929, que recogería los compromisos de la revolución mexicana legitimando a un “estado moderno” que definió el rumbo de un modelo económico que garantizara el desarrollo industrial de nuestro país.

En el terreno de la economía se definió un *modelo de sustitución de importaciones*, con el cual se pretendía consolidar el proceso de industrialización que llevaría al país a una situación propiamente capitalista. Lo cual quiere decir que en ese complejo proceso está implícita la creación y desarrollo de las clases sociales que permiten confirmar la presencia de un sistema capitalista: la clase industrial y el proletariado.

Con la corporatización de la sociedad en grandes rubros económico-sociales, parece que los objetivos planteados desde la revolución habían llegado a buen puerto; sin embargo, la intervención estatal en la política social no logró cimentar un mercado interno fuerte que pudiera re-

sistir los embates del exterior, así como los vicios internos propios de todo sistema burocrático.

Este proyecto terminó con la crisis económica resultado del déficit presupuestario, la deuda externa y la devaluación de 1976. Esto representó el fin de una política social que apoyaba a las clases trabajadoras en México. El gobierno dejó de regular el mercado, lo que significó el comienzo del proceso de privatización, provocando un galopante aumento del mercado de trabajo; sin embargo, el crecimiento no fue sostenido, los grandes capitales se adueñaron del mercado, disminuyendo cada vez más la mano de obra, estandarizando nuevas formas de competencia y privilegiando la inversión.

Miguel de la Madrid (1982-1988) asume la presidencia de la República, representando un parteaguas en cuanto al desarrollo económico en México. La crisis justifica un cambio de timón de 180 grados, lo que representa el fin formal del modelo posrevolucionario. Creo que en el terreno de la política sería imposible hablar de un cambio tan evidente como el que acontece en la economía, en todo caso, el ascenso de la tecnocracia al poder explica el cambio en la forma de hacer política, de concebir la relación entre política, mercado y sociedad pues, a partir de entonces, comienza a privilegiarse el mercado sobre los intereses de la sociedad, se sacrifica la política populista y se abre paso a una nueva racionalidad del estado y, por tanto, a un nuevo discurso que en lo sucesivo ya no emulará en los niveles del pasado a la Revolución Mexicana ni al nacionalismo pues lo que está en puerta es la instauración del neoliberalismo, un modelo económico que exhorta a los diferentes actores del mercado a traspasar las fronteras del Estado-nación.

Con el fin del modelo económico de sustitución de importaciones, se pone prácticamente fin a las relaciones de compromiso del Estado con la lucha sindical; particularmente, representa la derrota del movimiento sindical independiente, lo cual, desde luego, tiene una repercusión inmediata en las relaciones capital-trabajo.

El gobierno anuncia el *programa de privatización*, lo que significa el primer paso para instaurar el modelo neoliberal; más tarde comienza la campaña para promover la incorporación de México al Gatt, lo cual sellaría la apertura de la economía nacional y, desde luego, se consolida la política de tope salarial que había iniciado López Portillo. El primer aspecto, si bien tiene por objetivo la recuperación de las cuentas públicas, también provoca un fuerte impacto en el mercado laboral, pues en la *primera etapa de privatización* que inició Miguel de la Madrid, significó fundamentalmente el cierre de las empresas paraestatales que operaban con

números rojos y que no tenían ninguna posibilidad real de revertir su situación. Y, por otro lado, se pone fin a la política de subsidios y con ello a la política asistencialista que pretendió dar forma al *Estado Benefactor* que caracterizó la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial (Villarreal, 1988).

De tal manera que la instauración del modelo neoliberal no representó la solución a la crisis económica que deterioró los niveles de vida de las clases trabajadoras, sino que creó nuevas condiciones sociales y económicas para privilegiar los intereses del gran capital. La apertura de la economía se concretó con el ingreso de México al Gatt en 1986 ante la incredulidad del sector empresarial que se resistía a creer el nuevo discurso del gobierno mexicano. Esto acontece en un marco de distanciamiento con el movimiento sindical, la permisividad de las autoridades para violar la Ley Federal del Trabajo a favor del sector empresarial, el endeudamiento público que en ese gobierno llegó a 130,000 mdd, una devaluación que determinó una relación cambiaria de 150 pesos por dólar y una inflación cercana al 150%, lo cual acompañó a un marcado cierre de empresas y el ineludible incremento del desempleo y un lógico crecimiento de la economía informal.

No obstante, no sólo vivíamos una profunda crisis económica que tuvo su mejor expresión con el *crack bursátil de 1987*, sino también con una fuerte crisis política, ya no al interior del bloque dominante, élite política vs. élite económica, sino una crisis al interior del partido dominante: *tecnocracia vs. familia revolucionaria*. De hecho, esta confrontación proyectó la contradicción entre el nuevo discurso del Estado por parte de la tecnocracia y la recuperación del discurso nacionalista revolucionario en voz de la fracción de la élite política, liderados por Cárdenas y Muñoz Ledo, afectada por el ascenso de la tecnocracia al poder (Montesinos, 2007).

Así, la llegada al poder de Salinas de Gortari (1988-1994) significó la consolidación del modelo neoliberal, lo cual se manifestó a partir de la *apertura real del mercado nacional* (del Gatt al TLC), el avance de la *segunda etapa del proceso de privatización*, lo que garantizó el apoyo incuestionable del sector empresarial mexicano, la atracción de importantes inversiones extranjeras que aprovechaban las condiciones laborales que le ofrecía el mercado de trabajo nacional y el desmantelamiento definitivo del Estado Benefactor a la mexicana.

Sin embargo, en la medida que el grueso de la sociedad mexicana no veía ningún beneficio del nuevo modelo económico el gobierno de Salinas de Gortari, éste se vio



en la necesidad de hacer una defensa política-ideológica del proyecto que encabezaba y que retribuía el consenso de los empresarios mexicanos, quienes insistían en proyectar en el espacio de la opinión pública el proyecto de nación que ellos creían pertinente y que, de hecho, en cada punto, convergía con el proyecto de nación promovido por la tecnocracia. Como se puede observar en el escueto proyecto de nación al que aspiraba la Coparmex en 1996:

1. Gobierno sin empresas, promotor y no rector de la economía.
2. Sindicalismo promotor de la productividad.
3. Plena competencia electoral, democracia participativa.
4. Sólida economía formal que minimice la economía subterránea.
5. Legislación fiscal simple y estable, carga fiscal competitiva.
6. Aumento consistente y generalizado del poder adquisitivo.
7. Desarrollo pleno de una sólida cultura de excelencia empresarial.

Lo cual va acompañado de un concepto que ellos proponen para resolver la crisis económica a través de enmendar las contradicciones características de la transición mexicana, desde la deformación de la posición corporativista sindical, las pretensiones del movimiento sindical independiente y la propuesta empresarial después de su triunfo político al asenso de la tecnocracia al poder. Es en voz de la Coparmex que el sector empresarial impulsa la idea de por dónde deben encaminarse las relaciones de trabajo.

La esencia del planteamiento que los empresarios hacían en materia laboral gira en torno del anteproyecto que Coparmex presentó desde 1989 para reformar la Ley Federal del Trabajo (Coparmex, 1989). En este trabajo se proponen, principalmente, los siguientes puntos para evaluar la productividad:

1. La flexibilización de la legalidad laboral para superar las restricciones que impone el contrato colectivo de trabajo, es decir, que se requiere mantener la negociación individual entre empresario y trabajador. Además, la instauración de una jornada flexible de trabajo.
2. Modernizar las relaciones de trabajo y sus formas de terminación que apuntan a flexibilizar la estabilidad en el empleo, reformando lo relativo a indemnizaciones, retiros y salarios caídos.

Aquí observamos cómo al incorporar los principios de calidad y productividad en las relaciones de trabajo, se tendría que eliminar la “conciencia moderna” del trabajador,

los factores legales y culturales que impiden la modernización de las relaciones laborales, así como la implementación de la justicia.

Otra conceptualización que abunda la definición del sector empresarial sobre la *flexibilidad laboral* la encontramos, por ejemplo, en el artículo “La flexibilidad de las normas y los vicios de la cultura del trabajo”, *Boletín Técnico de Coparmex*, núm. 19, junio, 1911. En este trabajo el autor sostiene que

se habla de flexibilidad funcional en la organización del trabajo, que implica el rompimiento de los sistemas tradicionales de especialización y estratificación y crea la figura del obrero polivalente o de habilidades múltiples; de los horarios flexibles, de la flexibilidad en la orientación, esto es, la libre regulación de la duración de los contratos de trabajo, de las jornadas flexibles (Montesinos, 2007: 303).

Evidentemente, estas iniciativas tenían éxito bajo el cobijo de una tecnocracia que discrecionalmente permitía la práctica de estas propuestas, sin necesidad de dar paso a una Nueva Ley Federal del Trabajo, que promovían los resabios del movimiento sindical corporativo e independiente. Los resultados de las elecciones de 1988, a través de las cuales Salinas de Gortari llegó al poder, ponían en evidencia que un amplio sector de la sociedad mexicana rechazaba la lógica del modelo neoliberal, lo cual obligaba al gobierno mexicano a realizar una defensa política-ideológica del mismo. En ese sentido, corría el siguiente discurso de Salinas de Gortari:

Nuestro liberalismo social, en cambio (a lo que plantea el liberalismo), promueve el Estado solidario, comprometido con la justicia social, trabajando siempre en el régimen del derecho, conduciendo al cambio en el marco de la ley y manteniendo la estricta vigencia y protección a los derechos humanos (Montesinos, 2007: 291).

Lo más sorprendente es la conceptualización de soberanía, en ese sentido, Salinas de Gortari señalaba:

Para nuestro liberalismo social la soberanía es fundamental y razón de supervivencia y objetivo único que da sentido a las metas que perseguimos, porque queremos que sean nuestras. La posición geográfica de México es ineludible y no deja lugar a dudas. La nación debe asegurar en todo momento su fuerza para perdurar soberana en la vecindad con la mayor potencia del mundo (Montesinos, 2007: 292).

Es en este contexto de una estrategia mediática donde la tecnocracia, así como las principales organizaciones

empresariales, llevaban a cabo su estrategia para legitimizar el proyecto neoliberal que prácticamente continuó en las mismas condiciones en los gobiernos subsecuentes, ya sea el último gobierno del partido hegemónico, Ernesto Zedillo (1994-2000), o los dos gobiernos de la oposición, Vicente Fox (2000-2006) y Felipe Calderón (2006-2012).

Evidentemente se trata de un cambio de estafeta del partido heredero de la Revolución Mexicana al Partido de Acción Nacional, donde los gobiernos tecnocráticos del PRI y los dos últimos gobiernos del PAN, son la prueba de que el modelo neoliberal instaurado a partir de 1982 tiene su continuidad, al menos hasta 2012, por la coincidencia ideológica entre la tecnocracia, el gran capital nacional y el PAN. De hecho, los triunfos políticos registrados desde 1989, cuando se reconoce el triunfo del primer gobierno estatal panista, hasta el triunfo presidencial de 2000 y 2006, sólo son posibles por la participación directa y el apoyo de importantes sectores empresariales.

No es gratuito que sea precisamente un líder de la Coparmex, quien ocupa la posición de secretario de Trabajo en el gobierno foxista. No obstante, insistimos, como en la práctica ya no se cumple con lo estipulado en la LFT, no se hace necesario incorporar la propuesta de nueva ley laboral de los empresarios, sino simple y llanamente, cerrar el paso a que se autorice una nueva ley laboral favorable a los trabajadores.

Así, el neoliberalismo en México representa un conjunto de condiciones económicas y políticas a través de las cuales la clase trabajadora se encuentra imposibilitada para hacer valer sus derechos. El estrecho mercado de trabajo provoca la desmovilización dado el descrédito de la política en nuestro país, pero también la aceptación por parte de cada trabajador de las condiciones laborales que le impone su patrón en turno. La derrota del movimiento sindical da forma a un escenario donde los empresarios imponen sus condiciones, sin preocuparse del impacto negativo que tiene para ellos mismos el desempleo y la pérdida del poder adquisitivo de la clase trabajadora.

En este sentido, la instauración y avances del proyecto neoliberal implican una fuerte carga de violencia social que niega oportunidades de realización a los miembros de la sociedad mexicana.

## **El mercado de trabajo para el egresado de sociología**

Dentro de la propia complejidad de la economía mundial y nacional, uno de los principales problemas que enfrentamos

al establecer con precisión las variables que la componen, siempre ha sido la posibilidad de hacerlo a partir de referentes pertinentes, lo cual se observa en muchos indicadores estadísticos. Es el caso del *mercado de trabajo*, el cual es muy difícil de analizar dado que no es posible ofrecer las coordenadas exactas sobre los diferentes nichos de ese mercado, por lo que en muchas ocasiones los datos que se toman en consideración para hacer el análisis sobre el tema han de ser considerados como aproximaciones o ensayos sobre las condiciones generales del mercado de trabajo o de un nicho particular del mismo. Tal situación se complica, sobre todo si se trata del *trabajo intelectual o profesional*, pues es demasiado complicado establecer la magnitud de la oferta de ese tipo de trabajo.

Desde luego pienso, en un primer momento, en la mínima consideración que nos ofreció Marx, quien diferenciaba entre *trabajo manual* y *trabajo intelectual*, y de lo que se desprende de la misma idea en cuanto a *trabajo calificado* y *no calificado*. De esa forma es necesario distinguir, al menos como lo sugiere De la Garza, las mínimas definiciones que privan para concebir y, por tanto, realizar el análisis del mercado de trabajo: una, la derivada de la escuela económica neoclásica, donde fundamentalmente se considera el equilibrio-desequilibrio entre la oferta y demanda de trabajo; otra, la versión de la escuela socio-demográfica donde se consideran diversas variables externas a la producción como es el caso de la edad, el género, la etnia, la calificación y, sobresalientemente, la herencia cultural derivada de la familia (De la Garza, 2010).

Lo que aquí interesa es analizar, hasta donde sea posible, *el mercado de trabajo al que se enfrentan los egresados de la licenciatura de Sociología*. En ese sentido, será necesario plantear, al menos, los referentes inevitables que caracterizan al mercado de trabajo en general, y al particular, referido al nicho(s) específico(s) al cual puede aspirar un sociólogo que acaba de egresar de su formación profesional.

Así, el primer aspecto que debo señalar es el del efecto de la crisis económica, internacional y nacional, considerando su repercusión en el mercado de trabajo. Para decirlo de manera directa, a mayor crisis económica menores oportunidades del mercado de trabajo. Si esta variable la consideramos para definir las condiciones de la economía mexicana, la cual representa el inmejorable escenario para el imperio de un pensamiento neoliberal donde los empresarios aprovechan las condiciones políticas y económicas que vive el país para imponer en sus empresas las condiciones laborales que mejor benefician sus intereses (entre ellas la recurrente decisión de hacer recortes de personal con el

objeto de reducir la inversión en el rubro de honorarios y salarios); tendremos invariablemente un restringido mercado de trabajo que cada vez ofrece menos oportunidades a la creciente población económicamente activa.

En esa lógica, tenemos una posible expresión de lo que propone la escuela neoclásica del mercado de trabajo: una creciente oferta de trabajo y una demanda restringida del mismo. Lo cual representa un *desequilibrio de la oferta-demanda* que sólo puede beneficiar la operación y los intereses de las empresas, que definen criterios para aprovechar al máximo lo que le ofrece el maltrecho mercado de trabajo. O, en otra perspectiva, podríamos pensar que estamos ante la situación que Marx retrataba cuando se refería al efecto que tenía en el mercado la presencia del *ejército industrial de reserva*: el abaratamiento de la mano de obra. Y lo que ello permite presuponer: condiciones económicas favorables para que el empresario imponga en las relaciones laborales las mejores condiciones que respondan a los intereses de la acumulación.

Otro aspecto indispensable a considerar es que el trabajo al que puede aspirar un sociólogo recién egresado no se encuentra, en principio, en el mercado de trabajo en general, sino en un nicho muy específico del mercado que contempla las habilidades desarrolladas en su profesión, lo cual complica la situación entre sus necesidades de encontrar un trabajo para el cual está habilitado, pues en realidad se trata de un dilema que enfrentan de manera generalizada todos los egresados de las instituciones de educación superior, que es emplearse en cualquier trabajo o emplearse en un trabajo para el cual está capacitado.

En esa lógica, habremos de considerar que dentro del gran conjunto de las ciencias sociales tenemos disciplinas más cercanas a las humanidades y otras más próximas a cuestiones técnicas, como es el caso de la administración, la contaduría, el derecho y hasta la economía, profesiones que pueden ser consideradas de carácter más práctico, pragmáticas para la gestión de las empresas públicas y privadas. Si esto es así, habríamos de considerar que profesiones como la de sociología enfrentan un mercado mucho más estrecho que las otras que, por lo pronto, denominamos como “pragmáticas”. El mercado para profesiones o carreras de corte más humanístico como la Sociología prácticamente está delimitado por la esfera pública, donde todavía llega a requerirse la investigación social y, de manera muy específica, el sector de la educación, donde en principio existe la posibilidad de insertarse en el espacio de la educación privada.

Si esto es así, como se sabe, la educación pública representa la posibilidad de dedicarse a la docencia y a la

investigación, es decir, emplear a fondo las habilidades que los sociólogos desarrollan en su formación profesional; y la educación privada, donde lo que priva es la actividad docente. Visto así, las posibilidades de encontrar un trabajo acorde con la profesión dentro del propio sector público se encamina más hacia el sector de la educación, lo cual complica todavía más las oportunidades que puede ofrecer el maltrecho mercado de trabajo en el cual puede ejercer las habilidades obtenidas en su proceso de formación profesional.

Evidentemente, en el contexto donde predomina el pensamiento neoliberal, la lógica de ahorrar en el rubro del gasto público, dado que se sataniza la intervención del Estado, y toda forma de política social, es el recorte presupuestario en los rubros de educación y todo lo relacionado con la asistencia pública.

Por ello, sería posible pensar que la educación presenta una suerte de *boom*, conforme observamos la expansión o masificación de la educación (Mora, Rodríguez y Anaya, 2010), pues esto es, desde nuestro punto de vista, coyuntural y ya distante en el tiempo. De tal forma que en el desarrollo económico de las cuatro últimas décadas, esa expansión debería de considerarse sólo como una burbuja si pensamos en el efecto que tuvo la fundación de la UAM y, en los últimos años, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, creada por el gobierno del Distrito Federal.

Además, esta situación no representa en la actualidad una verdadera oportunidad para los egresados de la licenciatura de Sociología, pues ahora emplearse dentro del sector de la educación pública superior exige contar con una calificación mucho mayor a la que representa el nivel de licenciatura. En realidad esa posibilidad está fuera de su alcance, a menos que el egresado quiera intentar contratarse temporalmente como ayudante de investigación, pues sería prácticamente imposible aspirar a una plaza de profesor temporal dado que ese rubro está también muy competido y con esto el nivel de licenciatura no representa una oportunidad real, lo cual sólo permite pensar en la educación a nivel medio o quizá a nivel de secundaria, privada o pública.

El arribo de criterios de mercado como elemento preponderante en la regulación de la vida social el México tiene efectos de exclusión y desintegración que, en el caso de los jóvenes, se deja ver con mayor claridad en los rubros de empleo y educación. Este debilitamiento opera en dos sentidos: por un lado, se termina con el imaginario social que la modernidad construyó: la movilidad social como resultado del esfuerzo y el mérito. Por otro, se diluyen las posibilidades de integración en función de consensos



normativos y horizontes culturales compartidos (Mora, Rodríguez y Anaya, 2010: 29).

Por otra parte, es importante señalar que las posibilidades de empleo de los sociólogos en el sector público, se trate o no de la educación pública, se da en formas de contratación muy próximas a lo que se entiende como precarización del trabajo industrial, pues se trata de trabajos temporales que no cuentan con la estabilidad laboral ni la protección social implícita en el trabajo académico de base. Mientras, por la parte que corresponde al trabajo académico con la estabilidad institucional esperada, esté es constantemente presionado por la incorporación progresiva de mayores reglamentaciones sobre la productividad de la actividad académica e investigativa.

Dada tal situación, al egresado de la licenciatura de Sociología le queda, entonces, elegir entre emplearse en un trabajo que no corresponde a su calificación profesional o, desde luego, después de salir victorioso en la competencia lógica que impone el nicho de mercado pertinente, aceptar las condiciones precarias del trabajo que corresponde a su nivel de calificación profesional adquirida en la licenciatura. O, en su defecto, optar por las opciones que le brinda la economía informal, a la que va el grueso de los jóvenes, sin importar si tienen o no educación profesional:

La mayoría de los jóvenes se emplea en el comercio informal, en el comercio ambulante o en empleos sumamente precarios con bajos salarios y sin estabilidad laboral, ni mucho menos seguridad social, como en los establecimientos de comida rápida, las maquiladoras, las ventas por teléfono y los centros comerciales. Para estas modalidades de empleo, el trabajo cambia radicalmente el sentido que tenían: el trabajo no es más el punto de articulación de la economía capitalista, sino un costo que hay que abaratar a toda costa (Mora, Rodríguez y Anaya, 2010: 29).

Ésta es la dramática situación que vive una sociedad como la mexicana signada por una crisis económica cada vez más profunda y que deja en el desánimo a las amplias generaciones de jóvenes que intentan incorporarse a la vida económica del país. Desde luego, más allá de los criterios estadísticos a los que recurren las instituciones públicas encargadas de elaborar las mediciones oficiales de las principales variables económicas, se encuentra el espectro del desempleo al que, también, se enfrentan los egresados de cualquier licenciatura:

A diferencia de los adultos, en los jóvenes tal rotación laboral está lejos de asociarse a una cuestión de seguridad y estabilidad laboral; tal vez la lógica radica en que muchos deciden quedarse en empleos mal pagados, antes de sufrir el desempleo total (Leyva y Rodríguez, 2010: 186).

En ese sentido, el impacto que tiene la crisis económica en el mercado de trabajo genera expectativas que:

[...] no conduce a ninguna parte, pues el mínimo derecho de tener una vida digna se ha diluido, así como la posibilidad de construir una carrera laboral, por ello vale la pena preguntarse si el trabajo continúa como referente básico de la identidad de los jóvenes (Leyva y Rodríguez, 2010: 186).

Se trata de una situación social donde los individuos, en general, carecen de expectativas de vida, de un *horizonte*, como lo plantean Schütz y Luckmann (1973), de un futuro provisto de oportunidades y, por tanto, como se considera sociológicamente, como la posibilidad de revertir situaciones adversas que determinan la clase social a la que pertenece el individuo.

Por esa razón deja de tener importancia si la matrícula en las instituciones de educación superior (IES) se incrementa, pues finalmente, sin importar el comportamiento estadístico de esta variable, deja de tener el significado sociocultural que en el pasado tuvo el hecho de que un individuo decidiera realizar una carrera profesional. Dejan de tener sentido las estadísticas oficiales, independientemente de que las mismas reflejen las limitantes que los profesionistas tienen para insertarse afirmativamente en el mercado de trabajo.

Ciertamente ha crecido la importancia de la instrucción superior para determinar el perfil de la estructura ocupacional mexicana, pero hay que aclarar que, pese a ello, hacia el año 2000 no importa más del 15% del conjunto de los trabajadores declarados como ocupados. En cambio, el frente opuesto, los sin estudios y con enseñanza básica (primaria y secundaria) conformaron, para este último año, nada menos que el 66.2% de la población ocupada mexicana. Así se presentan los extremos, como si se tratara de un proceso elitizado del acceso a la educación (Rodríguez y Leyva, 2004: 252).

Como se puede observar, no es un desastre para las aspiraciones de los profesionistas recién egresados de una

carrera profesional, sino que se trata de un fenómeno que afecta al conjunto de la sociedad mexicana sin importar nivel de estudios, género, clase social de origen, pues esto no es necesariamente privativo de los profesionistas de las clases medias, egresados de las instituciones públicas, sino que alcanza a los profesionistas egresados de las IES privadas que en última instancia gozan de una mejor aceptación por parte de las empresas privadas.

De hecho, los resultados de las estadísticas oficiales sobre trabajo profesionalizado son por demás pobres:

De acuerdo con CONACYT, son poco más de 3 millones de profesionistas, de licenciatura y posgrado, ubicados en el medio laboral, trabajando en actividades de ciencia y tecnología. Más del 70% de ellos en la categoría ocupacional de profesionales y cerca del 16% en categoría ocupacional de profesionales y cerca del 16% en la de directivos más otro poco más del 9% en la categoría la de técnicos. Pero, de otra parte, como ya antes indicamos, esta incorporación dista mucho de ser la mejor desde el punto de vista de las remuneraciones, y ello es, sin duda, una gran dificultad que podría estar teniendo consecuencias en los trabajos profesionales toda vez que la estimulación de ingresos por los trabajos es muy baja (Rodríguez y Leyva, 2004: 254).

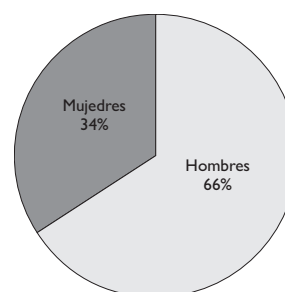
Y como señalábamos anteriormente, si la proyección de las profesiones más vinculadas al quehacer humanístico se ubica dentro del ámbito de la educación pública, en una situación como la que vive el país el panorama es claramente desalentador. Así, sin la relevancia que debería tener el registro estadístico de un incremento en la matrícula de las IES, la incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo ve en la educación educativa un retraso al negativo impacto que tendrá, en un futuro, su incorporación al trabajo de mercado.

Sobre los sociólogos recién egresados de su carrera, así como el de egresados de carreras afines, se cierne un panorama amenazante, donde la frustración se postrará sobre el carácter de individuos que enfrentarán una vida que no ofrece oportunidades y donde sólo quedará la esperanza y la capacidad individual para quitarse la venda de los ojos. Ése es el futuro que enfrentan los recién egresados de carreras de ciencias sociales, particularmente los de la licenciatura de sociología, que alguna vez mantuvieron la idea que el sólo hecho de realizar una carrera profesional les garantizaba resolver su vida y la de aquéllos que lo rodean.

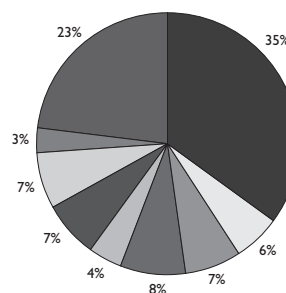
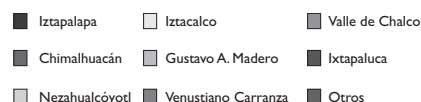
## Expectativas de los estudiantes de la licenciatura en Sociología de la UAM-Iztapalapa

La siguiente información fue recopilada en el segundo trimestre del presente año, con alumnos de la licenciatura en Sociología de la UAM-Iztapalapa. Los participantes cursaban los dos últimos años de la licenciatura. A continuación se expondrán los datos sociodemográficos, que nos permite ubicar la situación actual del sujeto, identificar qué lugar ocupa en la estructura social, así como indagar en sus referentes identitarios sobre clase y ubicación de procedencia, al menos.

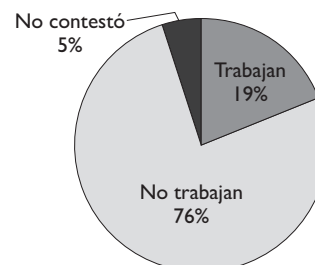
Porcentaje de encuestados por sexo



Procedencia



Porcentaje de estudiantes que trabajan



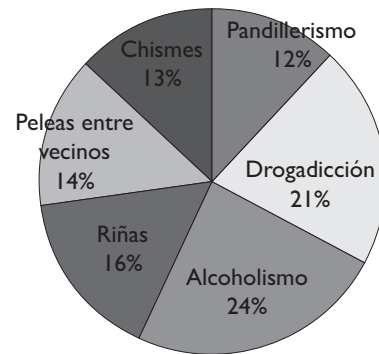
Como podemos notar, la mayoría de los entrevistados son varones que viven en la zona oriente de la ciudad y algunos municipios del Estado de México, los cuales son considerados marginales o que cuentan con poco desarrollo en cuanto a infraestructura y servicios. Con lo que respecta al trabajo, podemos observar que la mayoría de ellos no cuenta con un empleo, lo cual nos muestra una tendencia hacia la dependencia económica de los estudiantes.

## El ambiente vecinal

Se considera al Ambiente Vecinal un espacio de socialización incluido en la *habitus* que dota al sujeto de referentes simbólicos. Nos interesa saber cuál es su interacción con su entorno inmediato, conocer las percepciones que tiene sobre violencia, con el objeto de indagar en sus formas cotidianas de convivencia y su percepción de la estructura.

En este rubro se aprecian las condiciones materiales de existencia de los alumnos al ser los espacios de mayor convivencia. Se puede apreciar un ambiente adverso donde priva la pobreza y la falta de infraestructura resultado de la violencia social ejercida por el Estado.

**Ambiente vecinal**

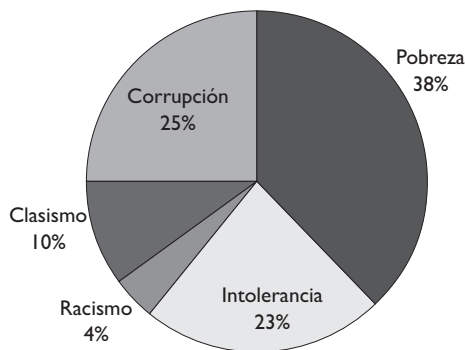


## Expectativas de trabajo.

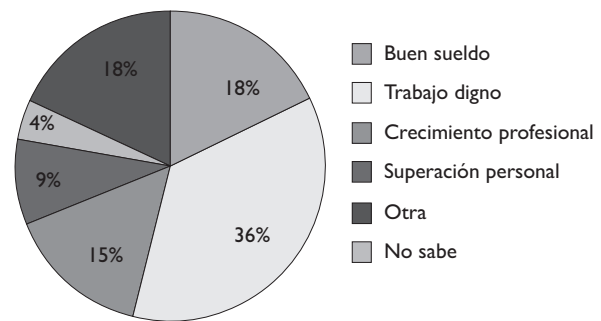
Las expectativas de trabajo hacen referencia a las motivaciones del sujeto para realizar actos y conductas que lo conduzcan a sus objetivos. Se pretende indagar cuáles son las intenciones del sujeto sobre su potencial futuro y sus aspiraciones.

Se puede observar que los estudiantes aspiran a un trabajo digno partiendo de la idea de que la educación universitaria es el mejor camino posible hacia la movilidad social; sin embargo, en las condiciones actuales, y como se expuso anteriormente, los estudios a nivel licenciatura son insuficientes para competir de manera satisfactoria en el mercado de trabajo.

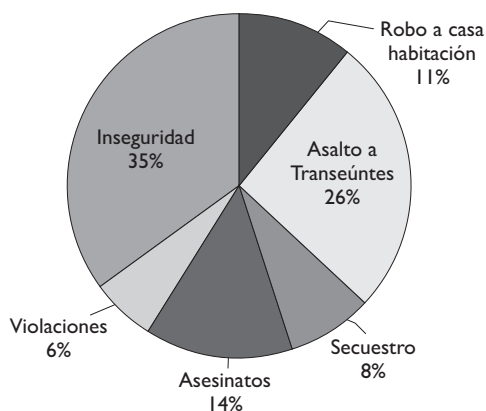
**Ambiente vecinal**



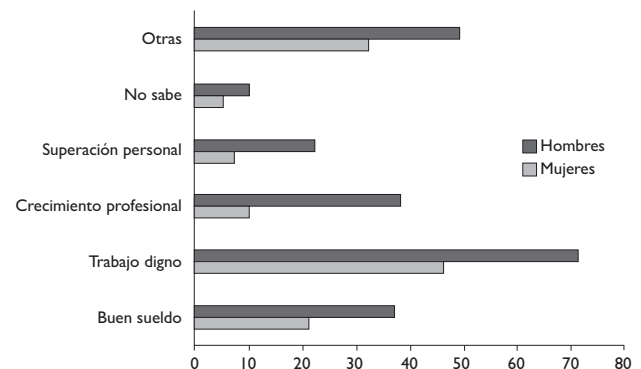
**Ambiente vecinal**



**Ambiente vecinal**



**Ambiente vecinal**



## Conclusiones

El tipo de población estudiantil que se atiende en la UAM-Iztapalapa pertenece a un estrato social medio-bajo, que mayoritariamente habita en la delegación Iztapalapa e Iztacalco, así como en el Estado de México (Texcoco, Nezahualcóyotl y Valle de Chalco). Se trata, generalmente, de espacios urbanos de la periferia de la ciudad de México, en ocasiones con rasgos provincianos, donde se cuenta con una precaria infraestructura urbana así como de la seguridad pública mínima para garantizar el orden social. Lo cual conforma panoramas de violencia material y simbólica, en donde se reproducen sus condiciones materiales de existencia.

No obstante, esas condiciones de cuasi-marginación, donde ésta se hace más evidente, los ámbitos familiares de estos jóvenes universitarios valoran el desarrollo profesional como una clara forma de ascenso social y *status* para la familia misma.

Los Alumnos de la licenciatura en sociología de la UAM-Iztapalapa, esperan encontrar en el mercado de trabajo un trabajo digno que les permita desarrollar sus capacidades; sin embargo, el mercado laboral en la actualidad vive un proceso de precarización vertiginosa y alarmante.

Por lo cual resulta de suma importancia que los jóvenes se interesen más en su formación profesional, que si bien no representa una seguridad en cuanto a la movilidad social, puede posicionarlos en un mejor lugar que el resto de la población.

## Bibliografía

- Adams, Richard N. (1983). *Energía y Estructura. Una teoría del poder*, FCE, México.
- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer (1989). *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México.
- Althusser, Louis (1918). *Crítica de la ideología y el Estado*, Cuervo, Buenos Aires.
- Álvarez Luis J. (coord.) (2004). *Un mundo sin trabajo*, Driada, México.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Poder, derecho y clases sociales*, Desclée, España.
- Bourdieu, Pierre y J.C. Passeron (1977). *La reproducción. Elementos para una teoría de sistema de enseñanza*, Laia, Barcelona.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant Loïc J.D. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Grijalbo, México.
- Coriat, Benjamin (1995). *Pensar al revé, Siglo XXI*, México
- De la Garza Enrique (2010). *Hacia un concepto Ampliado de trabajo*, Anthropos/UAM-I Barcelona.
- Friedman, Georges (1997). *Tratado de sociología del trabajo I*, FCE, México,
- Giddens, Anthony (1989). *Sociología*, Alianza Editorial, Madrid.
- Giménez, Gilberto (2007). *Estudios sobre la cultura de las identidades sociales*, CNCA, México.
- Hernández, Gonzalo (2000). "El empleo en México en el siglo XXI" en *El Cotidiano*, núm. 100, marzo-abril, UAM-A, México.
- Leyva, Marco A y Rodríguez, Javier (2010). "Perspectivas juveniles en torno al trabajo en el mundo contemporáneo. La experiencia Mexicana", *Trabajo*, núm. 6, enero-junio, año 4, UAM-I, México.
- Mariñas, Abelardo (2004). "Las condiciones actuales del empleo urbano en México: agravamiento coyuntura de una situación de precariedad estructural", *El Cotidiano*, núm. 126, julio-agosto, año 20, UAM-A, México.
- Martínez V., Griselda y Montesinos, Rafael (1995). "La innovación organizacional del trabajo" *Gestión y Estrategia*, núm. 7, Enero-junio, UAM-A, México.
- Marx, Carlos (1959). *El capital*, FCE, México.
- Mills, Wright C. (1986). *La imaginación sociológica*, FCE, México.
- Montesinos, Rafael (2007). *El discurso político de las organizaciones empresariales. La transición mexicana desde la teoría de los sistemas*, UAM-I México.
- (2007). *Perfiles de la Masculinidad*, PyV/UAM-I, México/Madrid.
- (1993). "El proyecto laboral de los empresarios", *Memoria*, núm. 56, julio, México.
- Montesinos, Rafael y Martínez V., Griselda (1998). "Limitantes y alcances de la cultura empresarial en la dimensión laboral" en Rocío Guadarrama (coord.). *Cultura y trabajo en México. Estereotipos Prácticas y representaciones*, JP-UAM-FES, México.
- (2000). "Empresarios, neoliberalismo y la miseria de la transición" en *El Cotidiano*, núm. 100, marzo-abril, uam-A, México.
- Mora, Juan, Rodríguez, Raúl y Anaya, Lilia (2010). "Los jóvenes anta su crisis: una integración fragmentada entre el mercado y la información" en *El Cotidiano*, núm. 163, septiembre-octubre, UAM-A México.
- Parsons, Talcott (1968). *Hacia la teoría de la acción*, Kapulusz, Buenos Aires.
- Pacheco María (2001). *Ciudad de México, heterogénea y desigual. Un estudio sobre el mercado de trabajo*, Colmex, México.
- Reygadas Luis (2006). "¿Cómo se distribuye el desempleo? Los desafíos de la desigualdad de trabajo" en Teresa Páramo (coord.). *Nuevas realidades y dilemas teóricos sociología del trabajo*, Plaza y Valdez UAM-I, México.
- Rodríguez, Javier y Leyva Marco A. (2004). "Profesionistas y trabajo en México: Dilemas y posibilidades. En torno a los egresados de la UAM" en *El Cotidiano*, núm. 126, julio-agosto, año 20, UAM-A, México.
- Schutz, Alfred y Luckmann (1973). *La estructura del mundo de la vida*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Simmel, George (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*, Gedisa, Barcelona.
- Weber, Max (1944) *Economía y Sociedad*, FCE, México.